

Berenice Alcántara Rojas  
y Federico Navarrete Linares

“Introducción”

p. 9-16

*Los pueblos amerindios más allá del Estado*

Berenice Alcántara Rojas y Federico Navarrete Linares  
(coordinadores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2011

203 p.

Ilustraciones y mapas

(Serie Antropológica, 20)

ISBN 978-607-02-2347-1

Formato: PDF

Publicado: 12 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/pueblos/amerindios.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

## INTRODUCCIÓN

No tienen ni ley, ni fe ninguna y viven de acuerdo a la naturaleza.

AMÉRICO VESPUCIO, *Mundus Novus*, 1505

Al llegar a las costas de los territorios que, tiempo más tarde, serían conocidos como las Indias, América o el Nuevo Mundo, los primeros exploradores europeos entraron en contacto con diversos grupos humanos en los que no reconocieron los atributos de lo que consideraban la verdadera civilización. Estos hombres y mujeres, en apariencia, no sentían vergüenza por la “desnudez” de sus cuerpos o los decoraban de maneras “grotescas”; no construían ciudades de “cal y canto”; no vivían en “policía”, ni reconocían la autoridad de cuerpos de gobierno; no ambicionaban “propiedad” alguna y hacían la guerra sin tener voluntad de “dominio”. En suma, su comportamiento y sus valores parecían ir en contra de todos los ideales y las pautas en que los europeos fundamentaban sus propios comportamientos y formas de organización.

La existencia de estos hombres, tan parecidos a los salvajes de la fantasía medieval y tan diferentes de los civilizados y prósperos habitantes de Asia que esperaban encontrar en sus exploraciones, despertaron sorpresa, curiosidad y escándalo por toda Europa y dieron pie a un centenario debate sobre lo que ahora llamaríamos diferencia cultural, es decir, sobre la contraposición entre “civilización” y “barbarie”, la existencia de la ley y de la razón “naturales” y la bondad o maldad del “salvajismo”.<sup>1</sup>

De manera más directa y trágica, los exploradores y luego los colonizadores europeos construyeron una valoración negativa de la cultura de los pueblos con este tipo de organización, definida fundamen-

<sup>1</sup> Roger Bartra, *El salvaje en el espejo*, México, Ediciones Era/Universidad Nacional Autónoma de México, 1992. Anthony Pagden, *La caída del hombre natural*, Madrid, Alianza Editorial, 1988 (Alianza América 17).

talmente en términos de sus aparentes carencias en comparación con la cultura occidental. Esta visión ha justificado, desde entonces, el despojo de sus tierras y otros bienes, su sumisión y su explotación y, en casos extremos, pero demasiado frecuentes, su exterminio.

De los albores del siglo XVI a la fecha muchas cosas han cambiado en los territorios americanos. Los grandes imperios coloniales dieron paso a los estados-nación independientes, del mismo modo que el providencialismo fue sustituido por la fe en la ciencia positiva y en el evolucionismo. Sin embargo, a pesar de estas transformaciones prevalece aún la imagen de las sociedades no estatales como colectividades humanas deficientes.

Aun cuando en el último siglo los estudios arqueológicos e históricos sobre los pueblos amerindios “civilizados”, fundamentalmente los de Mesoamérica y los Andes, han permitido un reconocimiento del valor de sus culturas y de la complejidad de su historia, los pueblos de otras áreas culturales de América no han recibido la misma atención por parte de los especialistas ni han sido objeto de una revaloración equivalente.

Los esquemas evolucionistas del desarrollo cultural, prevalentes todavía en la arqueología y la antropología, así como la idea histórica del progreso, han relegado a estos pueblos a una posición no muy diferente de la que se les asignó desde el siglo XVI: se les ha considerado sociedades sin historia, pueblos de la “edad de piedra”, cuya evolución social y tecnológica fue interrumpida por factores ecológicos o históricos negativos; igualmente se les ha considerado receptores pasivos, y meros imitadores, de los avances culturales originados en las regiones “civilizadas” de América. En el caso particular de México, el interés de los historiadores, arqueólogos y antropólogos se ha centrado casi exclusivamente en las “altas culturas” mesoamericanas, fuente inagotable de orgullo nacionalista, y se han estudiado mucho menos la historia y la cultura de los pueblos de Aridamérica, que no dejan de ser vistos únicamente como los bárbaros que irrumpían periódicamente en el espacio civilizado mesoamericano.

No sorprende, por lo tanto, que hoy como ayer esta visión negativa justifique que, en casi todos los países de América, los pueblos amerindios con este tipo de cultura sean aún más discriminados y agredidos que los pueblos indígenas considerados “civilizados”.

Uno de los objetivos centrales del proyecto “Hacia otra historia de América: la visión de los indígenas” (UNAM-PAPIIT IN402806-3), coor-

dinado entre 2006 y 2008 por los editores de esta obra colectiva, fue contribuir a la construcción de una nueva visión sobre la cultura y la historia de las sociedades no estatales americanas que rompiera con estos estereotipos anquilosados y dicotomías simplistas, y que reconociera la variedad de sus formas de organización social, ubicando sus historias al lado de las historias de las sociedades estatales con las que han coexistido durante milenios y buscando comprender las complejas interacciones entre ellas.

Con este fin se organizó, en noviembre de 2008, el Coloquio Internacional “Las sociedades amerindias más allá del Estado”, al que fueron invitados especialistas de México, Brasil y Estados Unidos y donde se presentaron trabajos relativos a los pueblos amazónicos, andinos, mesoamericanos y aridamericanos, así como uno sobre Melanesia. Las mejores contribuciones, revisadas a la luz de las discusiones del coloquio, se reúnen en el presente volumen.

Los siete trabajos que presentamos provienen de distintas disciplinas y parten de estudios de caso muy diversos, pero todos aportan análisis novedosos que amplían nuestra visión de las sociedades no estatales. Comparten además la preocupación por pensar la historia y la antropología de este tipo de sociedades de acuerdo con nuevas categorías y desde nuevas perspectivas.

En primer lugar, la mayoría de las contribuciones retoman, de una u otra forma, las propuestas planteadas por Pierre Clastres en *La sociedad contra el Estado* respecto a la importancia de la política en las sociedades no estatales y a que el hecho de que estos pueblos no hayan desarrollado, o no hayan mantenido, instituciones políticas centralizadas y coercitivas no se debió a una falla en su proceso evolutivo, sino a una clara voluntad política por rechazar esta forma de organización.<sup>2</sup> Sin embargo, en varios casos, se muestra que la dicotomía clastresiana entre sociedades estatales y sociedades contra el Estado no siempre se aplica en el terreno y que una de las características de las sociedades amerindias estudiadas es su capacidad de vincularse con el Estado y permanecer de alguna manera fuera de él, así como de transitar exitosamente de formas de organización centralizadas a otras no centralizadas.

<sup>2</sup> Pierre Clastres, *La société contre l'État*, París, Les Éditions de Minuit, 1974; traducido al español como *La sociedad contra el Estado* (Caracas, Monte Ávila Editores, 1978).

Igualmente, varios trabajos retoman, critican y refuncionalizan la distinción planteada por Claude Lévi-Strauss entre sociedades “frías” y sociedades “calientes”, una formulación más fecunda, sin duda, que la división entre sociedades “históricas” y sociedades “sin historia”.<sup>3</sup> Más que clasificar a los grupos humanos en una u otra categoría, los trabajos de este volumen intentan comprender los mecanismos que permiten a unas sociedades anular, o disminuir, el impacto de las transformaciones históricas y, sobre todo, de la acumulación del poder. En este sentido apuntan a la definición de las formas particulares de historicidad de cada sociedad, con sus propias dinámicas y velocidades de cambio.

Otra preocupación presente en los ensayos de este libro es la relación entre cultura y ecología, intentando superar el determinismo lineal que ha imperado en muchas interpretaciones de las sociedades sin Estado, particularmente en la región amazónica y en el árido norte de México.<sup>4</sup> Varios artículos señalan cómo el medio ambiente no sólo obstaculiza de manera negativa la centralización política, sino también puede ofrecer posibilidades positivas para la descentralización social. Igualmente muestran que las fronteras culturales entre sociedades no estatales y sociedades estatales suelen ser también fronteras ecológicas, pero que no crean barreras intransitables sino espacios de intercambio y negociación intercultural.

Más allá de estas líneas comunes, los diferentes estudios se enfocan a regiones y periodos muy distintos, lo que nos permite trascender las fronteras espaciales y temporales que muchas veces encasillan el trabajo académico.

En “El Occidente no vio el Sol nocturno: el papel de la dualidad complementaria de las fuerzas cósmicas en la organización política de las jefaturas amerindias”, Marcia Arcuri cuestiona los presupuestos teóricos que se han utilizado, desde la arqueología y la etnología, para explicar las formas de organización social de varios pueblos amazónicos y caribeños de la época precolombina. Su propuesta es que conceptos como “cacicazgo” y “jefatura”, que se han empleado desde una perspectiva evolucionista, han impedido observar la complejidad de las relaciones de poder en estas sociedades y la importancia que tuvieron para sus conformaciones sociales elementos clave de sus cos-

<sup>3</sup> Claude Lévi-Strauss, *La pensée sauvage*, París, Librairie Plon, 1962.

<sup>4</sup> Para el Amazonas, la formulación clásica de esta posición determinista se encuentra en Betty J. Meggers, *Amazonia. Un paraíso ilusorio*, México, Siglo XXI Editores, 1989 [1976].

movisiones, como la idea de que los seres y las cosas en el cosmos se organizan o distribuyen por “mitades” o “dualidades”. Finalmente, muestra cómo estas mismas ideas cosmológicas se aplicaban en las organizaciones sociales centralizadas y jerarquizadas de los Andes y Mesoamérica.

Salomón Vergara en “Chichimecas y toltecas más allá de una visión evolucionista” cuestiona el uso que se ha dado a las nociones de aculturación y evolución en los estudios sobre Mesoamérica en el periodo posclásico, a partir de una revisión de las formas en que se han interpretado los conceptos indígenas “chichimeca” y “tolteca” como términos equivalentes a “bárbaro” y “civilizado”. A partir de un análisis de las fuentes históricas del siglo XVI concluye que no existen elementos que sustenten que “lo chichimeca” fuera percibido por los pueblos del posclásico del centro de México como un estadio anterior, o inferior, en una escala evolutiva, ya que dichos pueblos utilizaban “chichimeca” y “tolteca” como categorías complementarias que legitimaban sus instituciones políticas y sus identidades étnicas.

En “Los besiro en los bosques del oriente de Bolivia: pueblos y rancherías frente a los Estados-nación en las fronteras de Bolivia, Brasil y Paraguay”, Cynthia Radding revisa los usos del concepto “frontera” en los estudios sobre las sociedades no estatales, señalando que más que funcionar como una línea que separa de manera tajante las esferas de influencia de las sociedades estatales y de las no estatales, ésta debe verse como una zona de movilidad y transición en la que confluyen cotidianamente estas sociedades y reelaboran sus formas de organización social y de identidad política. Para probar su hipótesis, Radding analiza con detalle la zona habitada por los pueblos besiro, también conocidos como chiquitanos, y reconstruye la historia de sus relaciones con distintas instancias e instituciones estatales durante la época virreinal y la temprana república. La autora destaca, entre otros aspectos, la forma en que los pueblos chiquitanos, lejos de optar por el separatismo o el aislamiento, se apropiaron de la figura del “cabildo”, impuesta en primera instancia por los jesuitas dentro de sus reducciones, y la emplearon como un instrumento que les permitió reconstruir, al menos en parte y al interior de distintos regímenes estatales, la autonomía de sus rancherías a partir de sus propias instituciones de “reciprocidad” y “gobierno comunal”.

En una tónica similar, Edith Llamas explora, en “Los nuevos gobernadores pimas: negociadores interculturales en las misiones jesuitas

de Sonora”, los mecanismos empleados por los jesuitas para imponer la figura del “cacique” al interior de sus misiones en el norte de México durante los siglos XVI y XVIII como una forma de asegurar la subordinación y evangelización de los pueblos que habían aceptado vivir en congregación. Si bien la imposición de dichos “caciques” rompía en un principio con las antiguas formas consensuales de ejercicio del poder entre los pimas, al crear una figura en la que se concentraba toda la autoridad, en la práctica derivó en la conformación de un poder alternativo que permitió a los pimas negociar a favor de sus propios intereses y prácticas tradicionales, en el marco de las relaciones siempre conflictivas de los jesuitas y los funcionarios de los asentamientos civiles españoles.

El trabajo de Johannes Neurath, “Ambivalencias del poder y del don en el sistema político-ritual *wixarika*”, nos ubica en el mundo contemporáneo en el que se desenvuelve la vida de los huicholes. El interés del autor se centra en demostrar que la autonomía de facto que mantienen estos pueblos frente al Estado nacional mexicano y la Iglesia no se debe a que sean una sociedad “igualitaria” o “simple”, sino a formas muy complejas de fraccionar el poder en distintas instancias que se contraponen y cuya finalidad más que defenderse contra el exterior es evitar la concentración de poder en el interior de la propia sociedad huichola. Neurath demuestra que entre los huicholes existe un marcado antagonismo entre el poder religioso de los chamanes y el poder político de la asamblea comunal, así como entre el poder de esta última y el del consejo de ancianos o cabildo, el gobernador tradicional y la presidencia de bienes comunales. Asimismo, propone que esta pluralidad de subsistemas políticos también se encuentra estrechamente relacionada con la existencia de distintos sistemas rituales que no armonizan entre sí y con las complejas ontologías que estos sistemas producen.

En “Personas partibles, sociedades fractales: reflexiones en torno a escala y complejidad en Vanuatu”, Carlos Mondragón nos traslada a una comunidad melanesia contemporánea de las Islas Torres (en el archipiélago de Vanuatu). Su objetivo es mostrar que la relación de necesidad que suele establecerse entre la noción de “escala” y la de “complejidad” sociocultural es una ficción que sólo sirve a fines occidentales en el entorno geopolítico contemporáneo y que no tiene nada que ver con las formas en que los pueblos oceánicos, demográficamente “pequeños”, se representan a sí mismos y se reproducen socialmente.

Mondragón demuestra que los miembros de la comunidad por él estudiada se construyen y proyectan como colectividad de un modo dinámico, a partir de un complejo sistema de relaciones de parentesco, dentro del cual “tanto persona como comunidad resultan ser entidades múltiples, partibles [y] necesariamente inacabadas”, lo que posibilita que los miembros de estas colectividades se perciban como actores dominantes y relevantes, dependiendo del nivel de pertenencia dentro del cual interactúan.

Cierra el volumen el trabajo de Federico Navarrete, “Las dinámicas históricas y culturales de ciclos de concentración y dispersión en las sociedades amerindias”. En este texto se presenta un análisis comparativo de la dinámica histórica de las sociedades mayas, las sociedades chichimecas del norte de Mesoamérica y las sociedades amazónicas que han oscilado entre periodos de centralización política y concentración demográfica y otros de descentralización y dispersión. Navarrete analiza el complejo entramado de fuerzas sociales, ambientales y, sobre todo, culturales que permitieron estas transformaciones en distintos momentos históricos, constatando que la movilidad entre unas formas y otras jamás ha sido vista por estas sociedades como un proceso lineal e irreversible. Por ello, propone que los “colapsos” que según algunas interpretaciones provocaron el tránsito de formas de organización centralizadas a otras que lo estaban menos no fueron sólo eventos catastróficos y negativos, sino productos positivos de las dinámicas de estas sociedades que les daba la opción de escapar a las redes del poder estatal.

Como resultará evidente, al hablar de sociedades “más allá del Estado”, los trabajos reunidos en este libro no buscan reconstruir la vida idílica de comunidades humanas simples que viven aisladas en un medio ambiente prístino, sino mostrar los mecanismos concretos que han permitido a ciertas sociedades amerindias defender y mantener formas de organización menos centralizadas pese a estar en contacto con sociedades centralizadas mucho más poderosas, y muchas veces haber sido sometidas por ellas. Esta capacidad de negociación y de resistencia, de descentralización y de escape, nos muestra a sociedades que no han permanecido fuera del alcance de la dominación estatal, sino que han aprendido a mantenerse más allá de ella.

En el mismo sentido, los textos aquí presentados son una apuesta para que los historiadores, los antropólogos y los arqueólogos no sucumbamos a la tentación fácil de las explicaciones evolucionistas que

ven la centralización política como un proceso inevitable y siempre deseable y tampoco a la obsesión, tan frecuente en los estudios mesoamericanos, de exaltar únicamente las obras y las acciones de las sociedades estatales, y de sus elites gobernantes, y de menospreciar otro tipo de organizaciones humanas y otros actores sociales. En suma es una invitación para que nosotros, los estudiosos de las sociedades amerindias, también aprendamos a ver más allá del Estado.

Los trabajos que conforman este volumen nos muestran, en la diversidad de los casos estudiados y de los enfoques teóricos y disciplinarios elegidos, que los pueblos amerindios, y no sólo amerindios, que han optado por formas menos centralizadas de organización política son sociedades sumamente complejas y cambiantes. Esperamos que estos estudios sirvan para renovar el interés por estas sociedades, nutrir el diálogo interdisciplinario y abrir nuevas rutas para futuras investigaciones.

BERENICE ALCÁNTARA ROJAS  
FEDERICO NAVARRETE LINARES